



PERSONAS AFRICANAS Y AFRODESCENDIENTES EN LA FORMACIÓN DE LA NUEVA ESPAÑA. TRABAJO, RESISTENCIA Y CULTURA

En los casi tres siglos del periodo colonial arribaron a México, en aquel entonces la Nueva España, miles de hombres, mujeres, niñas y niños africanos traídos de manera forzada de África, un hecho que también aconteció en varios países de América.

61

Primero llegaron los africanos que formaban parte de las huestes de los conquistadores españoles; más adelante desembarcaron en las costas mexicanas miles de personas esclavizadas para trabajar en las haciendas agrícolas y ganaderas, en las minas, los ingenios, los talleres gremiales y el servicio doméstico en casas, conventos y colegios. También llegaron personas africanas de otras partes de América o del Caribe durante la época colonial y los siglos XIX y XX.

Todos ellos contribuyeron con su trabajo a la formación económica, social y cultural de México desde la época colonial hasta nuestros días. Distintas razones han provocado que la historia de los miles de africanos y africanas en México haya sido ignorada y silenciada; no obstante, es necesario conocerla para entender la diversidad cultural de la que mexicanas y mexicanos formamos parte y las características de las comunidades, poblaciones e individuos afrodescendientes presentes en el México de hoy.

Las primeras personas africanas

Con Hernán Cortés y los otros conquistadores llegaron las primeras personas africanas a México. Varias –en su mayoría *ladinas*– fueron recompensadas con tierras y mano de obra, y otras adquirieron la libertad por su participación en la conquista de los pueblos indígenas. Por ejemplo, Juan Garrido, ex esclavo nacido en África oriental y convertido al cristianismo en Portugal, participó en las expediciones de conquista de Puerto Rico y la Florida y tal vez fue el primer africano que llegó con Hernán Cortés a estas tierras. Garrido fue pregonero, portero y guardián del acueducto de Chapultepec. Se le atribuye haber sido la primera

persona que plantó trigo en el Nuevo Mundo y algunos historiadores sostienen que se le otorgó un terreno dentro de la nueva *traza* de la Ciudad de México, privilegio del que sólo gozaban los españoles.

Otros conquistadores españoles estuvieron acompañados por esclavos africanos. A Pánfilo de Narváez lo acompañaron uno llamado Guidela y otro Juan Guía o Eguía. Hubo muchos casos de “conquistadores negros” en América, quienes, tras las empresas de colonización, ocuparon oficios como pregoneros, porteros e incluso llegaron a ser poseedores de encomiendas.¹

En algunos documentos y pinturas del siglo *xvi* quedó registrada la presencia de estos conquistadores; en ellos, podemos ver personajes de piel más oscura que el resto del grupo, ataviados a la usanza española y portando armas; por ejemplo, en el *Códice Azcatitlán*, del siglo *xvi*, que está actualmente en París, Francia.

62



En algunos códices se observa a personajes africanos acompañando a los conquistadores. Éste posiblemente representa a Juan Garrido con Hernán Cortés en el *Códice Azcatitlán*.

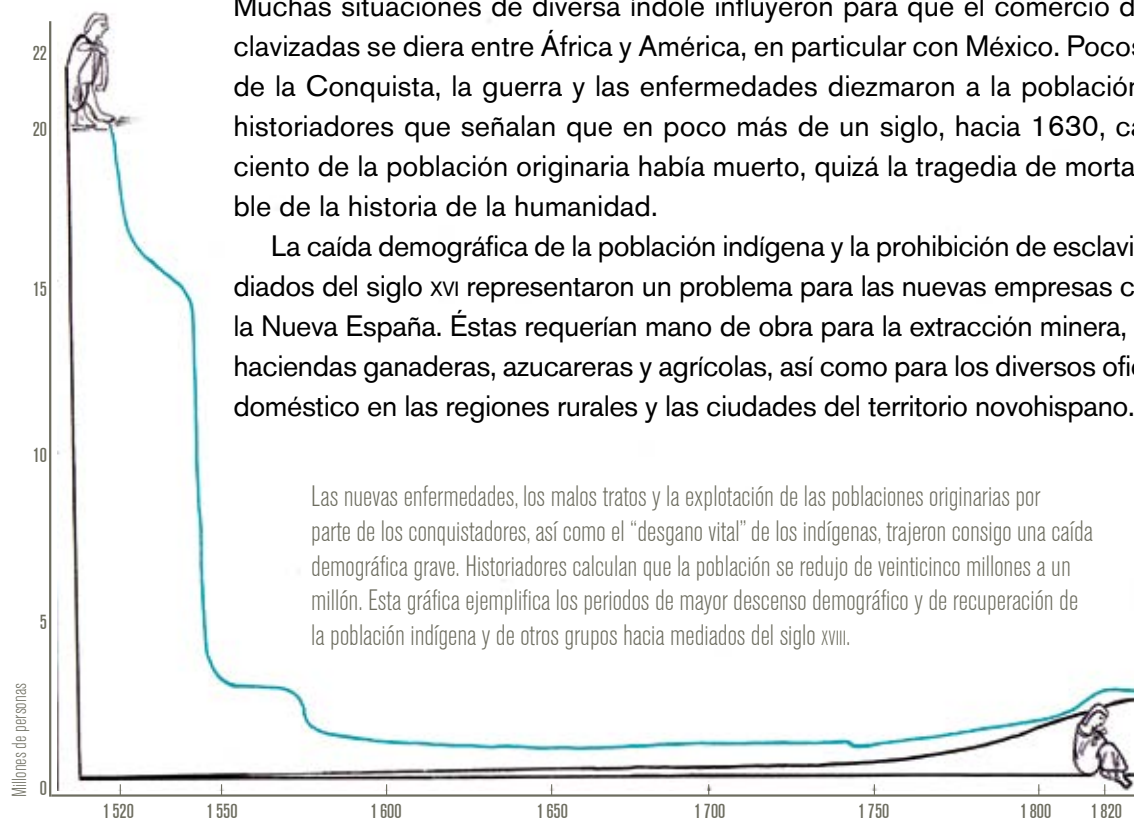
¹ Véase Matthew Restall, “Los conquistadores negros. Africanos armados en la temprana Hispanoamérica”, en Juan Manuel de la Serna (coord.), *Pautas de convivencia étnica en la América Latina colonial (indios, negros, pardos, mulatos y esclavos)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Gobierno del Estado de Guanajuato, 2005, pp. 19-72.

Los africanos esclavizados: ¿por qué y cuándo llegaron?

Muchas situaciones de diversa índole influyeron para que el comercio de personas esclavizadas se diera entre África y América, en particular con México. Pocos años después de la Conquista, la guerra y las enfermedades diezmaron a la población indígena. Hay historiadores que señalan que en poco más de un siglo, hacia 1630, casi noventa por ciento de la población originaria había muerto, quizá la tragedia de mortandad más terrible de la historia de la humanidad.

La caída demográfica de la población indígena y la prohibición de esclavizarla desde mediados del siglo xvi representaron un problema para las nuevas empresas colonizadoras de la Nueva España. Éstas requerían mano de obra para la extracción minera, el trabajo en las haciendas ganaderas, azucareras y agrícolas, así como para los diversos oficios y el servicio doméstico en las regiones rurales y las ciudades del territorio novohispano.

Las nuevas enfermedades, los malos tratos y la explotación de las poblaciones originarias por parte de los conquistadores, así como el "desgano vital" de los indígenas, trajeron consigo una caída demográfica grave. Historiadores calculan que la población se redujo de veinticinco millones a un millón. Esta gráfica ejemplifica los periodos de mayor descenso demográfico y de recuperación de la población indígena y de otros grupos hacia mediados del siglo xviii.



FUENTE: Peter Gerhard, *Geografía histórica de la Nueva España 1519-1821*, México, UNAM, 1986, p.24.

LA HIPÓTESIS SOBRE LA RELACIÓN ENTRE EL CONTINENTE AFRICANO Y LAS CABEZAS COLOSALES OLMECAS

Hacia 1980, el antropólogo Van Sertima y algunos arqueólogos sostuvieron la tesis de que una expedición desde África había llegado a América y fundado la cultura olmeca, madre de las civilizaciones antiguas de Mesoamérica. Los datos y la información que sustentaron estas ideas fueron refutadas por investigadores como Bernard Ortiz de Montellano, Gabriel Haslip-Viera y Warren Barbour, quienes adujeron que existían errores en los datos, la información y las fechas. Estos investigadores aseguran que no existe sustento científico para probar esa hipótesis, basada en gran medida en los rasgos faciales de las esculturas olmecas, que –según arqueólogos especializados– son representaciones de gobernadores estilizadas con fenotipos de jaguar, animal sagrado de las culturas mesoamericanas.

Bernard Ortiz de Montellano, Gabriel Haslip-Viera y Warren Barbour, "They Were not Here Before Columbus: Afrocentric Hyperdiffusionism in the 1990s", *Ethnohistory*, vol. 44, núm. 2, 1997, pp. 199-234.

Desde fechas tempranas, la Corona española otorgó un número significativo de *licencias* para comerciar personas esclavizadas traídas directamente de África. Así, en 1533 el *adelantado* Francisco de Montejo obtuvo una *licencia* para introducir cien esclavos de los dos sexos a su gobernación de Yucatán,² y en 1535 Rodrigo de Albornoz, contador de la Nueva España, obtuvo una *licencia* para introducir una cantidad semejante de esclavos, de los cuales un tercio eran mujeres. Pocos años después de la Conquista, Hernán Cortés –marqués del Valle de Oaxaca– celebró un contrato con el tratante genovés Leonardo Lomelí para llevar quinientos esclavos destinados a las haciendas del *marquesado*. En 1544, el Ayuntamiento de la Ciudad de México pidió y obtuvo *licencia* para otros tres mil esclavos destinados al servicio de minas.

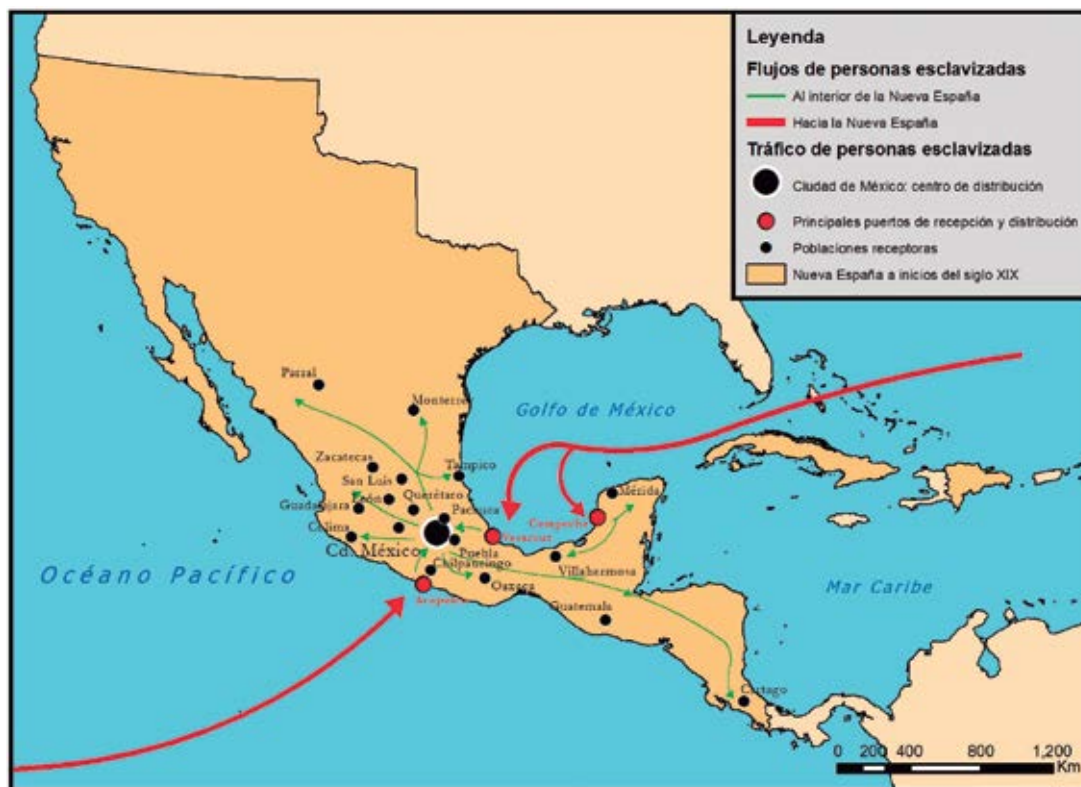
Entre 1580 y 1650, se incrementó el comercio de personas esclavizadas provenientes de África occidental y oriental, de las grandes regiones de Senegambia, Guinea y Mozambique y especialmente de África central: el Congo y Angola.

La mayoría de los hombres, mujeres, niñas y niños esclavizados arribó por el puerto de Veracruz, conectado al Atlántico a través del Golfo de México, para luego ser vendidos en la Ciudad de México y distribuidos hacia otras regiones de la Nueva España. Algunos llegaron también por las costas del Pacífico al puerto de Acapulco, donde cada año se llevaba a cabo una feria para la venta de productos de Oriente transportados por la famosa Nao de China o Galeón de Manila. A lo largo de los siglos xvii y xviii también llegaron personas esclavizadas por Campeche y otros puertos no autorizados, de contrabando.

ESCLAVOS INDIOS EN LA NUEVA ESPAÑA

Por diversas causas, como la defensa que los órdenes mendicantes hicieron de los indígenas, en especial el dominico Bartolomé de las Casas en 1542 con las Leyes Nuevas, España prohibió la esclavitud de los indígenas en sus territorios americanos y se legisló para que fueran tratados como vasallos de la Corona. Sin embargo, la ley española acordó por excepción el cautiverio de los indios que permanecían en "actitud hostil", por lo que después de la prohibición de esclavizarlos, al final del periodo colonial, hubo esclavos indios, en su mayoría chichimecas y apaches del norte del territorio novohispano.

² Juan Andrade, "Historia de la población negra en Tabasco", en Luz María Martínez Montiel, *Presencia africana en México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996, pp. 423-460.



Los puertos autorizados para el comercio de personas esclavizadas en la Nueva España fueron Veracruz, Acapulco y, más tarde, Campeche. Sin embargo, muchos entraron de contrabando por otros puertos menores.

¿Cuántas personas llegaron?

Cálculos realizados con base en los registros de las compañías navieras y de las aduanas de la época consideran que, a lo largo de los tres siglos en que se comerciaron personas esclavizadas, fueron embarcadas en África con destino a nuestro continente americano 12.5 millones de niñas, niños, mujeres y hombres africanos. En el periodo temprano de este proceso, de 1576 a 1650, se comerciaron 820 000 personas procedentes en su gran mayoría de África Occidental y Central. En ese periodo llegaron a la Nueva España entre 200 000 y 250 000 africanos, sin considerar a los que arribaron de contrabando, cifra difícil de estimar, y a los que nacieron esclavos en la Nueva España. México y Perú fueron los países hispánicos que recibieron el mayor número de población africana durante el primer periodo del comercio atlántico de esclavos, específicamente entre 1580 y 1640.

A finales del siglo xvii comenzó a declinar la importación directa de personas esclavizadas a la Nueva España y, al mismo tiempo, aumentó la proporción de descendientes de africanos, quienes en su convivencia con indígenas y europeos poco a poco constituyeron los grupos de población mestiza, conocida en el siglo xviii con el nombre de castas.³ Algunos historiadores calculan que, para finales del siglo xviii, había un millón de personas descendientes de africanos en la Nueva España.⁴



Principales grupos culturales del continente africano hacia el siglo xv.

³ Philip Curtin, *The Atlantic Slave Trade a Census*, Madison, University of Wisconsin Press, 1969, y Paul Lovejoy, *Transformations in Slavery. A History of Slavery in Africa*, African Studies Series, Cambridge University Press, 1983.

⁴ Vid. Peter Gerhard, *Geografía histórica de la Nueva España 1519-1821*, p. 493.

Personas esclavizadas y libres

A lo largo del periodo virreinal, muchas personas esclavizadas en la Nueva España lograron obtener su libertad y formaron familias o comunidades domésticas con personas de otros grupos sociales. Trabajaron como arrieros, comerciantes, milicianos o artesanos y artistas en gremios de herreros, pintores, arquitectos, sastres, entre otros muchos oficios.

Se promulgaron leyes y normas, pocas veces observadas, que recomendaban la unión entre los mismos grupos o que trataron de limitar la convivencia entre indígenas, españoles y africanos. Sin embargo, la Iglesia no prohibió los matrimonios mixtos y la vida cotidiana en espacios laborales, recreativos y religiosos propició y permitió la convivencia y el intercambio cultural entre los diversos grupos. A la mitad del siglo xvii, la Nueva España se caracterizaba por ser una sociedad culturalmente diversa en la que convivían indígenas nahuas, otomíes, mixtecas o mayas con africanos de los grupos wolofs, mandingos o ban-túes, con europeos de diversas regiones de España, Portugal o Italia, y con orientales de Filipinas o China.

Las personas africanas y afrodescendientes constituyeron un grupo heterogéneo, es decir, no todas estuvieron esclavizadas, y establecieron familias con personas de distintos grupos. Por ejemplo, algunos mulatos y mulatas libres fueron dueños o dueñas de personas esclavizadas y muchos descendientes de africanos y africanas lograron acceder a mejores condiciones de vida. No obstante, también es cierto que otros muchos siguieron viviendo en condiciones de pobreza y sometimiento.

Trabajo, redes sociales y reproducción cultural

Como personas, esclavas o libres, los africanos y afrodescendientes desempeñaron diversas actividades en la Nueva España. Trabajaron en las haciendas mineras, ganaderas, agrícolas, en particular en las azucareras, así como en los puertos y la construcción. Fueron aprendices, oficiales y maestros en gremios como herreros, talabarteros, sastres, pintores y arquitectos, entre otros muchos oficios. En las principales urbes, como la Ciudad de México, Puebla o Guanajuato, estuvieron a cargo del servicio doméstico como sirvientes o cocheros.⁵

⁵ Sobre las características de la población africana y afrodescendiente en Michoacán, véase María Guadalupe Chávez Carbajal, *Propietarios y esclavos negros en Valladolid de Michoacán, 1600-1650*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Instituto de Investigaciones Históricas, 1994; sobre Guanajuato, véase, entre otros, María Guevara Sanginés, "Participación de los africanos en el desarrollo del Guanajuato colonial", en Luz María Martínez Montiel, *Presencia africana en México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996, pp. 33-198. El papel de los esclavos negros en las haciendas azucareras y su contribución en la formación de la sociedad veracruzana se encuentra ampliamente documentado en Adriana Naveda, *Esclavos negros en las haciendas azucareras de Córdoba, Veracruz, 1690-1830*, Xalapa, Universidad Veracruzana-Centro de Investigaciones Históricas, 1987. Para el caso de Querétaro se puede consultar Luz Amelia Armas Briz y Oliva Solís Hernández, *Esclavos negros y mulatos en Querétaro, siglo xviii: antología documental*, Santiago, Querétaro, Gobierno del Estado de Querétaro-Oficialía Mayor-Archivo Histórico de Querétaro, 2001, y Juan Manuel de la Serna, "Disolución de la esclavitud en los obrajes de Querétaro a finales del siglo xviii", *Signos Históricos*, vol. 2, núm. 4, junio-diciembre 2000, pp. 39-54.



68

Niño africano o afrodescendiente cargando un tibur en el puerto de Acapulco. Siglo xviii.

Las mujeres, niñas y niños⁶ esclavizados participaron de manera significativa en muchas actividades económicas en el campo y la ciudad. En Veracruz y Morelos, por ejemplo, trabajaron en los ingenios de “hacer azúcar”, y se dedicaban a cortar la caña y apilarla, así como a otras faenas del campo. En ciudades como Puebla, Morelia, Xalapa, o en los puertos de Veracruz y Acapulco, las africanas y afrodescendientes fueron cocineras, parteras, curanderas, comerciantes, amas de leche o nodrizas, mientras que niñas y niños ingresaron como aprendices a los gremios y también realizaron labores domésticas en iglesias, conventos, colegios o casas particulares.

⁶ Para mayores referencias sobre niñas y niños esclavizados, véase Cristina Masferrer, “Niños esclavos de origen africano en la capital novohispana (siglo xvii)”, en María Elisa Velázquez Gutiérrez (coord.), *Debates históricos contemporáneos: africanos afrodescendientes en México y Centroamérica*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2011.



La arriería fue una de las actividades más comunes entre los afrodescendientes durante el periodo colonial en México.

A principios del siglo XVIII, muchas personas esclavizadas habían logrado obtener su libertad y las nuevas generaciones de afrodescendientes eran libres. Muchos se dedicaron a la ganadería, la agricultura y la arriería, otros formaron parte de las milicias de los puertos de Veracruz, Acapulco, Campeche o San Blas y algunos lograron prestigio social como el famoso pintor mulato Juan Correa.

JUAN CORREA: MULATO LIBRE, MAESTRO DE PINTOR

Juan Correa nació en 1646 y murió en 1716. Fue hijo de un famoso cirujano-barbero de la Inquisición del Santo Oficio y de Pascuala de Santoyo, "morena libre". Los padres de Correa consolidaron cierta posición económica, que, entre otras cosas, les permitió adquirir casas que heredaron a sus hijos. Juan Correa entró al gremio de pintores de la Ciudad de México y se convirtió en uno de los artistas barrocos más destacados de la época colonial. En 1707 fue electo veedor de su gremio, cargo importante en la jerarquía gremial, ya que para ser elegido había que tener buena fama y experiencia en el oficio. Juan Correa y su taller hicieron obras para iglesias, conventos, colegios y casas particulares de todo el territorio de la Nueva España que hoy en día pueden apreciarse. Entre otras muchas obras que realizó destacan las pinturas de la Sacristía de la Catedral Metropolitana de la Ciudad de México, que pintó junto con otro famoso artista de la época, Cristóbal Villalpando.

Para saber más sobre el pintor Juan Correa, se puede consultar: María Elisa Velázquez Gutiérrez, *Juan Correa. Mulato libre, maestro de pintor*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998.



Juan Correa, el famoso pintor mulato de la Nueva España, representó en el siglo XVIII la presencia de afrodescendientes en México por medio de obras como *Niño Jesús con ángeles músicos*.

¿Cómo se adquiría la libertad?

La libertad se obtenía por distintas vías. Los dueños o amas podían otorgarla en vida o por testamento. Se conocen muchos casos de esclavas liberadas por los amos a su muerte por “haberlos criado” y en reconocimiento a sus cuidados y atenciones. Las personas esclavizadas también podían comprar su libertad si conseguían el dinero suficiente para pagarla; por ejemplo, muchas esclavas lograban –gracias a la venta de dulces o panes que expendían por encargo de su ama– reunir dinero suficiente para pagar la libertad de sus hijos.

70

Otra forma de conseguir la libertad era por medio de relaciones de pareja, legítimas o ilegítimas, con otros grupos. Los africanos esclavizados solían establecer parejas con mujeres indígenas para que sus hijos no heredaran la condición de esclavitud, que se transmitía por vía materna. Por su parte, las esclavas entablaban relaciones con españoles, criollos o mestizos logrando, en ciertos casos, que sus hijos fueran reconocidos por el padre, quien en ocasiones les concedía la libertad.

Al parecer, hacia finales del siglo XVIII el número de personas esclavizadas había disminuido en México. Muchas habían obtenido la libertad, lo que se explica si se considera que la esclavitud dejó de ser rentable para las empresas coloniales debido al considerable aumento de mano de obra libre indígena, mestiza y afrodescendiente libre.

Vida cotidiana, mestizaje e intercambio cultural

En la sociedad virreinal había muchos espacios en donde los africanos y afrodescendientes entraban en contacto y convivencia con otros grupos de la sociedad: indígenas, mestizos, orientales y europeos. En los mercados, las fiestas populares, los fandangos y las procesiones religiosas se compartieron experiencias, costumbres y creencias, formas de vestir o bailar. Los centros de trabajo, como las cocinas, los talleres gremiales,

CARTA DE LIBERTAD, QUERÉTARO, 1724 [fragmento]

Sean cuantos esta carta vieren, como yo Don Marcos Jiménez de Leynares mercader y vecino de esta ciudad de Santiago de Querétaro digo que por quanto yo tengo por mi esclavo a un mulatillo nombrado Pedro Vicente de edad de dos meses, nacido en mi casa, hijo de María Josefa, también mulata mi esclava [...] en la más bastante forma que haya lugar en derecho otorgo que ahorro y liberto de toda servidumbre, esclavitud y cautiverio al dicho Vicente, por cantidad de setenta pesos de oro común que de la dicha María Josefa, su madre, he recibido en reales de contado.

Archivo Histórico de Querétaro, fondo Notarías, José Cardoso, 1724.



Las ciudades novohispanas estuvieron pobladas por "mulatas" y éstas fueron representadas en diversas imágenes usando vistosos atuendos y joyas. Esta pintura de 1711, que es el primer cuadro de castas que se conoce, muestra la estampa de una afrodescendiente de la época.

LOS BAILES EN LA NUEVA ESPAÑA

A partir de un expediente criminal por homicidio sabemos que la bamba poblana se bailó con cuchillos (un tanto peligrosos) en Cuautla Amilpas en 1804. Amén de numerosas menciones de bailes sin nombre, en el archivo inquisitorial se han localizado al menos 43 bailes distintos de los siglos XVII y XVIII, la mayoría del periodo de 1766 a 1819, según las denuncias. Su distribución geográfica y social fue generosa a lo largo y ancho del territorio novohispano. Entre ellos, diez bailes fueron denunciados entre dos y doce veces, lo cual dice bastante de su popularidad: El chuchumbé (1766-1784), El animal (1767-1769), Pan de manteca (1769-1796), La cosecha (1772 y 1778), Pan de jarabe (1772-1796), Sacamandú (1778 y 1796), Seguidillas (1784-1803), El jarabe gatuno (1801-1807), El torito (1803) y el Vals (1808 y 1817).

José Antonio Robles Cahero, *Un paseo por la música y el baile populares de la Nueva España*, disponible en <<http://www.hemi.nyu.edu/cuaderno/censura/html/danza/danza.htm>>.

conventos y haciendas fueron lugares que también propiciaron intercambios personales y encuentros amorosos.

En la vida cotidiana, gracias a ocupaciones como la crianza de los niños, elaboración de la comida y el cuidado de las familias, las africanas y afrodescendientes establecieron estrechas relaciones con otros grupos sociales y fueron transmisoras y receptoras de expresiones culturales. Se desempeñaron como comerciantes, parteras y curanderas; en muchas ocasiones, las africanas y afrodescendientes fueron acusadas de hechiceras o blasfemas ante el Santo Oficio de la Inquisición por hacer uso de amuletos, magias o hierbas y renegar de los santos o la Virgen. Se criticó a las africanas y afrodescendientes por su forma de vestir, adornarse o bailar –en contra de lo que ordenaban los prejuicios católicos de la época–, y las demás personas no tomaban en consideración los usos y costumbres de sus sociedades de origen, como se puede ver en el siguiente testimonio:

Las mestizas, mulatas y negras, que forman la mayor parte de la población, no pudiendo usar manto, ni vestir a la española y desdeñando el traje de los indios, andan por la ciudad vestidas de un modo extravagante, pues llevan una como enagua atravesada por la espalda, o en la cabeza a manera de manto, que las hace parecer otros tantos diablos.⁷

⁷ Giovanni Francesco Gemelli Carreri, *Viaje a la Nueva España*, ed. de Francisca Perujo, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades/Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2002.

Espacios de identidad y movilidad económica: cofradías y milicias

72

Algunas organizaciones y espacios sociales, como las cofradías y las milicias de “negros y mulatos”, estuvieron compuestos en su mayoría por africanos y afrodescendientes. Las cofradías, asociaciones de asistencia social organizadas alrededor de una devoción, solían localizarse en alguna capilla, convento o iglesia. Ser integrante de una cofradía daba prestigio y ofrecía ciertos servicios y beneficios. A cambio del pago de una pequeña cuota para ser aceptados como miembros, los cofrades recibían ayudas de sus hermanos para las misas, el entierro y los rezos después de su muerte. Era obligación de los cofrades encargarse de las festividades de su santo patrón. La principal responsabilidad caía en los mayordomos, que salían en las procesiones o los santos que eran celebrados con misas, sermones y fiestas. Si bien lo común era que los hombres hicieran parte de las cofradías, muchas mujeres afrodescendientes también fueron mayordomas.

Varias fueron las devociones de las cofradías de negros, mulatos, morenos o pardos, entre las que se encontraban santos y divinidades de origen africano, como Santa Ifigenia y San Benito de Palermo. En el siglo xvii, por ejemplo, hubo en la Ciudad de México una cofradía de *zapes* libres y esclavos devotos de la Inmaculada Concepción ubicados en el hospital del mismo nombre.⁸

⁸ Sobre cofradías véase, entre otros, Nicole von Germeten, *Black Blood Brothers: Confraternities and Social Mobility for Afro-Mexicans*, Gainesville, University Press of Florida, 2006, y Rafael Castañeda, *Religión, identidad y sociedad: dos cofradías de negros y mulatos en San Miguel el Grande (siglo xviii)*, tesis de doctorado, El Colegio de Michoacán 2011.



San Benito de Palermo, devoción de varias cofradías de “negros y mulatos” en la Nueva España. Siglo XVIII.

CONGA DE SAN BENITO [fragmento]

*Santo San Benito,
patrón de los negros,
que tú seas negrito,
de eso yo me alegro.*

*San Benito, santo
de Yanga y Mandinga,
de tu sangre negra
yo tengo una pringa.*

[...]

*Al santo yo exclamo,
por ser distinguido
Indio, así me llamo,
Negro es mi apellido.*

Versos de una conga del siglo xviii recopilados por Antonio García de León.

Las milicias

Desde el inicio de la época colonial fue importante para los gobiernos virreinales garantizar la seguridad de los territorios conquistados y protegerlos de las sublevaciones de los indígenas y, sobre todo, del ataque de los piratas y las potencias extranjeras. La Corona poco se ocupó de mantener o fortalecer un ejército regular en la Nueva España y las tareas de defensa del territorio se entregaron casi por completo a las milicias.⁹

Las milicias, cuerpos militares no remunerados alimentados por trabajo voluntario o a través de la leva forzosa, se establecieron en los territorios coloniales a partir de que la Corona emitió, el 7 de octubre de 1540, una Real Cédula en la que convocaba a los colonos americanos a formar la milicia. Las primeras milicias, que no recibieron pago alguno y fueron carentes de disciplina, se conocieron como compañías milicianas “urbanas”, pues sus miembros se reclutaban generalmente en las principales villas y ciudades.

Puesto que el reclutamiento forzoso causaba que se abandonaran propiedades y ocupaciones, colonos españoles y criollos enviaron a sus esclavos a cumplir con este servicio militar. Fue así que empezó la incorporación a las milicias de negros y mulatos. La presencia de africanos y afrodescendientes en las milicias, primero de esclavos y más adelante de mulatos y pardos libres, siempre causó polémica: por una parte, se señalan las ventajas de que sean parte de las fuerzas de defensa del territorio, pero también se manifiestan los miedos ante el poder que pudieran obtener estos grupos y el riesgo de tumultos o sublevaciones.

En el siglo XVIII, la Corona española empieza a tener serios problemas para controlar sus territorios. El creciente poderío del Imperio británico, demostrado sobre todo en la ocupación inglesa de La Habana, Manila y la Florida, obliga a crear en la Nueva España y en el resto continente americano, un ejército regular más vigoroso y fortalecer las milicias locales. Las reformas borbónicas dictan medidas para que los milicianos se incorporen como tropa regular del ejército virreinal. Esta medida, en particular a partir de 1765, otorga a los pardos y mulatos la posibilidad de ascender socialmente mediante su incorporación a la carrera militar profesional, y, de esa manera, pueden acceder a los privilegios y fueros reservados para los militares.

⁹ Una referencia básica sobre las milicias de pardos y mulatos es Ben Vinson III, “Los milicianos pardos y la construcción de la raza en el México colonial”, *Signos Históricos*, vol. 2, núm. junio-diciembre, 2000, pp. 87-106.

74

Los afrodescendientes participaron en estas milicias a lo largo del territorio colonial, distribuidos en compañías de pardos y mulatos libres en regiones de lo que hoy conocemos como los estados de Veracruz, Puebla, Campeche, la Ciudad de México, Guadalajara, Guerrero y Oaxaca. Ocuparon puestos de autoridad en las milicias, se beneficiaron de la exención del pago de impuestos y se libraron de los azotes en la vía pública (castigo habitual para indígenas y negros durante la Colonia). La participación en las milicias permitió a muchos mulatos y negros libres mejorar su prestigio y la posición social de sus familias.



Muchos "pardos" o mulatos formaron parte de las milicias en la Nueva España, cuya importancia se consolidó en el siglo xviii.

Rebeliones, motines y cimarronaje¹⁰

Desde el inicio del cautiverio, a lo largo de la travesía atlántica, en las haciendas, minas y ciudades, siempre existieron manifestaciones de resistencia ante la esclavitud. Muchas veces los esclavos huían de las haciendas o plantaciones en las zonas rurales y de las casas o conventos. A los esclavos huidos se les conocía en la época como cimarrones. Algunos se establecieron en zonas aisladas conocidas como *palenques*.

Una de las rebeliones más importantes del periodo virreinal tuvo lugar en Córdoba, Veracruz, y estuvo encabezada por un africano llamado Yanga o Ñyanga.¹¹ Durante años, las fuerzas virreinales trataron inútilmente de someterlos hasta que en 1635 se vieron obligadas a pactar con Ñyanga y los *cimarrones* que lo acompañaban, como única vía para poner fin a los asaltos en los caminos y evitar así las permanentes fugas de esclavos de las haciendas de la región. Así se fundó el pueblo libre conocido como San Lorenzo de los Negros.

La historia colonial registra otros motines y rebeliones de esclavos que a veces sólo fueron temores infundados de las autoridades, pero que terminaron en represión. Como el de 1612, que terminó con la drástica ejecución de 33 esclavos y esclavas y con la exhibición de sus cabezas en la Plaza Mayor de la Ciudad de México. También se sabe de rebeliones de esclavos en Amapa, Veracruz (1735) y de fugas individuales en varias ciudades y haciendas de la Nueva España.

HECHICERÍAS, BLASFEMIAS Y OTROS DELITOS

La resistencia a la esclavitud de africanos y afrodescendientes se expresó también en la vida cotidiana a través de la reproducción de sus costumbres, muchas veces consideradas prácticas de hechicería y blasfemia. Muchas personas africanas y afrodescendientes, en especial mujeres, fueron acusadas por la Inquisición de cometer actos en contra de la fe cristiana, como usar hierbas, amuletos o magias para conseguir amores, curar enfermedades o causar daño a sus amos.

75

¹⁰ Véase, entre otros, Jane Landers, "La cultura material de los cimarrones: los casos de Ecuador, La Española, México y Colombia", en Rina Cáceres, *Rutas de la esclavitud en África y América Latina*, San José, Universidad de Costa Rica, 2001, pp. 145-156, e *idem*, "Una cruzada americana: expediciones españolas contra los cimarrones en el siglo xvii", en Juan Manuel de la Serna (comp.), *Pautas de convivencia étnica en la América Latina colonial (indios, negros, pardos y esclavos)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos / Gobierno del Estado de Guanajuato-Archivo General, 2005, pp. 73-87.

¹¹ Una reflexión bien documentada acerca de la rebelión de Yanga se puede ver en Adriana Naveda, "De San Lorenzo de los negros a los morenos de Amapa: cimarrones veracruzanos, 1609-1735", en Rina Cáceres, *Rutas de la esclavitud en África y América Latina*, San José, Universidad de Costa Rica, 2001, pp. 157-174.

